



ROSA REGÀS

Anguita, el inquisidor

Hay veces en la Historia que un grupo de personas con la misma ideología, la misma capacidad de trabajar por una causa justa, y la coincidencia de sentirse herederos de iguales principios, se topa con una carcoma destructiva de la que no puede deshacerse. De hecho esto es lo que ocurre con la estructura de funcionamiento del cuerpo humano cuando lo invade una enfermedad resistente a fármacos y tratamientos. Y es también el caso de Izquierda Unida que va depauperándose desde la llegada de Anguita, un hombre que día día, y elección a elección, avanza para convertir en pura nada la coalición que de una forma u otra dirige desde que abandonó Córdoba. Autoritario, ciego para sus propios desastres, sin reparos en pactar con la derecha, quitando y poniendo candidatos según sus gustos e indiferente al desastre que provoca, se ha erigido como buen dictador en el portavoz de unos cuantos que como él no ven el modo de subsistir si no es por la imposición.

Anguita es indestructible, no hay revés que lo desanime, ni enfermedad que lo aparte del mando. Es más, con los años va desarrollando la primorosa facultad de actuar como si tras él hubiera un camino estelar de triunfos. Es tal la seguridad con la que actúa que ninguno de los suyos osa enfrentarse ni aceptar lo nefasto que está siendo para el partido, la izquierda y en definitiva para el país entero.

No se trata de que esa izquierda se haga con el poder, pero no hay país que resista un espectro de ideas tan restringido en el que no quepa una actitud radical que, con su 10 ó 15% de votos, amplíe el ámbito de las reivindicaciones y desde una ideología más social mantenga la crítica eficaz a tanto liberalismo falsamente liberador. ¿Acaso la función de la democracia y la libertad de ideas no se ve disminuida si todos los ciudadanos acaban siendo conservadores, de centro, sumisos con el poder, obedientes y conformistas? Pues bien, ahora Anguita, mesiánico y engreído, sin el menor asomo de sentido crítico, ni de sentido político, ni menos de sentido del humor, crea el tribunal de una nueva inquisición que examine la viabilidad de los candidatos a sustituirle, «para evitar que le den a la militancia una mercancía averiada» y «a puerta cerrada para evitar la tentación del maligno».

¿Quién puede votar a una formación con ese lenguaje moralista y tremendista de reminiscencias estalinianas? Tal vez Julio Anguita no sea más que un profeta enviado para destruir lo que de izquierda queda en este bajo mundo.



JOSÉ IBARROLA

Me tortura la idea de ser cobarde

JESÚS PRIETO MENDAZA PROFESOR DEL COLEGIO SAMANIEGO DE VITORIA Y MIEMBRO DEL GRUPO POR LA PAZ DEL CENTRO

«Ningún pueblo, ningún proyecto, puede construirse sobre los cimientos del miedo», afirma el autor del artículo, que cree que sólo una movilización pacífica y multitudinaria de la ciudadanía vasca puede terminar con la opresión de la violencia terrorista.

Muchas son las frases que me han impresionado —difícil en una sociedad en la que el terror actúa como un bálsamo anestésico sobre nuestra capacidad de sentir— en los últimos días, pero de la cruel y sangrienta actualidad hay unas que se me antojan sobrecogedoras a la vez que reales.

Se las debemos al profesor de la UPV, Mikel Azurmendi. «... Excepto un 15% de los vascos que está clara y sinceramente con el verdugo, el resto ha tomado una decisión acerca de cómo situarse ante el miedo... y la mayoría ha decidido... seguir callando». Convendrán conmigo que esta idea es realmente demoledora. Pero, ¿es real? ¿no ha experimentado nuestra sociedad avances significativos en este campo? Mucho me temo, y espero de todo corazón estar equivocado, que el profesor Azurmendi ha acertado en su diagnóstico.

Varias han sido las organizaciones pacifistas que, desde hace casi dos décadas, han reavivado entre nosotros una nueva conciencia social. Nunca desde el odio, siempre desde el respeto, han logrado que una gran parte de la ciudadanía perdiese el miedo y reivindicase en la calle algo tan elemental —triste comunidad la que en los albores del siglo XXI debe pedir este derecho— como el respeto a la vida y las ideas. El efecto multiplicador que comenzó Cristina Cuesta con una pequeña organización, se ha traducido en infinidad de grupos de trabajo en pro de la paz y los derechos humanos: Gesto por la Paz, Denon Artean, Bakea Orain, Asociación pro Derechos Humanos de Euskadi, Jóvenes contra la Intolerancia, Elkarri, etc... Desde mi cercanía a muchas de ellas, debo estar de acuerdo en que la cultura de paz se ha desarrollado

muchísimo en Euskadi. Pero todo puede irse al traste si aparece el miedo.

Miedo. De hecho, una concentración pacifista en la Plaza de Correos de Vitoria, con trescientas personas alrededor de una pancarta, se vio reducida a la semana siguiente a diez, cuando las contramanifestaciones radicales comenzaron a lanzar piedras, insultar, agredir y seguir a los no violentos. Esto, nos guste o no, es así. Es esta una realidad palpable. La ciudadanía está en contra del terror, pero no dará pasos que pongan en peligro su integridad, la de su familia o la de una cómoda posición social lograda después de años de arduo trabajo. He aquí la gran victoria del terror.

Miedo. Yo mismo puedo ser un ejemplo de ello.

Tenia menos de veinte años cuando comencé a tocar el txistu en mi cuadrilla de blusas, recuerdo aquel 'Voló, voló, Carretero voló... hasta el tejado subió'. Algo en mi fuero interno me decía que no estaba bien regodearse de ninguna muerte. Pero... seguía tocando, no fuera que mis compañeros blusas pensasen mal de mí.

Cuando mataron al policía Antonio Recio, yo callé, no fueran a enterarse mis amigos de que su viuda estaba emparentada con mi familia.

Cuando en el euskaltegi se nos pasaban determinadas hojas y propaganda, yo no decía nada. Bajaba la cabeza y en silencio seguía con los ejercicios.

Cuando veía entrar a los concejales socialistas en los plenos municipales de Lazkao, yo no hacía nada para evitar la lluvia de insultos hacia ellos de mis compañeros de barnategi. Podrían descubrir que no pensaba como ellos y eso me horrorizaba.

Cuando mi nombre apareció en las paredes del colegio, mi participación en colectivos pacifistas dando la cara se fue reduciendo. Tenía miedo.

Cuando tuve el primer insulto en la calle por portar el lazo azul, lo guardé en el bolsillo y sólo en determinados lugares osé mostrarlo en mi solapa.

Cuando en Ordizia asesinaron a Isidro Usabiaga, presencié cómo las txarangas tocaban y se mofaban delante de su casa. Pero... no me atreví ni siquiera a hacer un comentario de reprobación.

Al encontrarme el otro día con la espo-

sa de un compañero docente amenazado por ETA y contemplar su llanto, únicamente pude darle palabras de ánimo. Pero no le anuncié que fuera a participar con él codo con codo de su proyecto, que le ayudaría estuviera donde estuviera para hacer efectiva aquella vieja máxima de «no opinó como tú, pero daría la vida para que puedas defender tus ideas». No. La imagen de mi mujer y de mis hijos, de lo que podrían sufrir si yo diera ese paso, me lo impidieron.

Miedo. Creo que soy cobarde, esta idea me tortura y debo pedir perdón por muchas cobardías más, consciente de que nuestra falta de reacción ante el miedo que nos atenaza puede provocar más muerte y dolor, más viudas, huérfanos, muchas ilusiones truncadas. Sí. ¡Lo sé! Pero... miro a mi alrededor y veo la misma cobardía. De nuevo pienso: el terror va a ganar.

Hay pacifistas en Euskadi, sí, ¿pero cuántos son?, ¿hasta dónde están dispuestos a llegar?, ¿cómo pueden convencer a los verdugos para que dejen de asesinar?

Gandhi no logró doblegar al imperio británico con su especial personalidad y la ayuda de su mujer. No amigos. Repasemos lo que nos cuentan sus biógrafos. El gran pacifista de este siglo llevó a la India hasta donde la llevó porque arrastraba a millones y millones de personas. De igual forma una organización cuya crueldad ha sobrepasado hace tiempo todos los límites, no va a dejarse amedrentar por un pacifismo de calidad demostrada, pero que no movilice a miles y miles de ciudadanos.

La cantidad de hombres y mujeres que se impliquen en la acción diaria por y para la paz, es importante. En este caso —las manifestaciones populares que dieron nombre a lo que conocemos como espíritu de Ermua lo demostraron—, la cantidad, lo queramos o no, es vital. Únicamente una inmensa mayoría que clame por la paz puede llegar al frío corazón de los asesinos. De lo demás se han reído, se ríen y se reirán sin pudor alguno, mientras nuestros representantes políticos cruzan acusaciones o denuncias y la ciudadanía se divide entre el fútbol o el Gran Hermano.

Miedo. Así el terror va a ganar.

Ningún pueblo, ningún proyecto, puede construirse sobre los cimientos del miedo.